

Muerte y dolor

El pasado miércoles aún seguían vivos, seguramente nerviosos y expectantes por lo que el destino les tuviera reservado en el campamento de verano. Pero al día siguiente abandonarían este extraño teatro de la vida para acceder a lo que llamamos muerte. Lo hicieron decenas de adolescentes entre los hierros de un autobús descuartizado. Y ahora siguen existiendo en la tempestad psíquica de sus seres queridos, y también en la de los que ni siquiera les conocíamos. Mi padre murió el pasado mes de octubre y aún le tengo ahí, convertido en un misterio de mi mente, en un silencio que me ensordece, impidiéndome la entrada de cualquier respuesta, y hasta de cualquier pregunta. Vivo diariamente en un universo desvertebrado, sin duda fascinante, pero terrible, y hasta sospechoso en muchas ocasiones. Aquí donde yo me encuentro no es que haya mucha oscuridad: Es que no se ve nada de tanta luz que va entrando por las continuas grietas que se abren en mi pensamiento. No entiendo la muerte y eso me lleva a no entender la vida. Y al no entender nada me he convertido en un sentidor desorganizado, asistemático, en un observador perplejo, incrustado, apresado más bien, en ese monstruo que antes he llamado mundo pero que ahora podría llamar vida, o existencia, o yo qué sé. Sólo disponemos de palabras para luchar contra la inmensidad que tenemos delante, contra la inmensidad que somos.

Quería escribir esta columna para aportar mi minúsculo soplido a las terribles quemaduras que en estos momentos estarán atormentando a los familiares de los chavales muertos. He estado repasando varias propuestas religiosas, y filosóficas, y científicas (que son en realidad lo mismo), y he optado por traer aquí una idea hermosa que, sin ser suya, expresó una gran mujer que se llamó Lou Salomé. Esta sugerencia para la reflexión la leyó un querido amigo mío en el funeral de mi padre y dice más o menos así: “Al nacer nos limitamos, nos hacemos pequeños, sufrientes, ciegos. La muerte es volver a serlo todo.” Me atrevo a añadir que seguramente, mientras se vive, también se es todo, pero que es muy difícil darse cuenta de ello. Queridos amigos: Intenten pensar que sus hijos son todo y los podrán disfrutar en cualquier olor, en cualquier luz, en cualquier mirada, y hasta en su propia piel.

No estoy convencido de lo que acabo de escribir, tampoco es nada original, pero es lo mejor que tengo y se lo ofrezco a ustedes con todo mi cariño. Reciban mi más sentido pésame.